

LÓPEZ VILAR, Marta, *El Gran Bosque*, Valencia, Pre-Textos.
II Premio Internacional de Poesía Margarita Hierro. Fundación
Centro de Poesía José Hierro, 2019, 59 págs.

PAULA FERNÁNDEZ VILLALOBOS
Universidad de Granada

El gran Henry David Thoreau afirma que, a veces, es necesario emprender un camino difícil para enfrentar los hechos de la vida y comprobar lo que estos mismos tienen que enseñarnos, para, en definitiva, llegar a ser quien somos hoy. Esta andadura puede comenzar en cualquier tipo de escenario, pero la autora madrileña, Marta López Vilar, nos invita en su poemario ganador del II Premio Internacional de Poesía Margarita Hierro, *El Gran Bosque*, a pasear y apreciar un remanso natural mágico y misterioso de donde extraer importantes lecciones vitales. Este es un recorrido en soledad por un Bosque desconocido y extraño, repleto de signos de una lengua extranjera, que le permiten su acceso al mundo. El poemario a través de una serie de poemas en su mayoría en prosa, representa un sendero lleno de caminos y cruces poéticos, que, aunque desconocidos y confusos, poco a poco van resultando familiares. Lo que al principio parece un laberinto, se convierte para el sujeto lírico en una ruta personal y necesaria para comprender su mirada y realidad.

Es evidente que este proceso no es algo sencillo, y López Vilar decide hacernos testigo de ello, especialmente, en la primera parte del poemario: «Esto es la noche». Es así que descubrimos en las primeras páginas a una voz poética que, despojada de todo equipaje y accesorios, comienza su andanza en un Bosque que le es totalmente ajeno: «Entré en él, en este Bosque, como quien se abandona» (p. 13). Este Bosque es un reposo natural que se ubica a las afueras de la ciudad húngara de Debrecen, donde la autora residió un tiempo. Asimismo, este escenario le permite llevar a cabo un proceso de entrañamiento con un lugar desconocido. La sensación de extraneidad y el silencio que habita en el Bosque, rezuma por sus hojas y aísla a un sujeto que no es capaz de emitir palabra, a un sujeto que es incapaz de comunicarse ni descifrar lo que le rodea: «desde pequeña, me dijeron que el mundo, este mundo que me / mira y teje lentamente su nombre, era un alfabeto» (p. 16); «Llevaba dentro de mí un oscuro alfabeto [...] Decir y nada respondía» (p. 35). Esta



brecha es una grieta abierta donde comienza a encontrarse. Como si fuese una niña recién nacida, ha de aprender a vivir en un nuevo mundo que se entiende y configura con un nuevo idioma. Durante este recorrido, la poeta se deja fluir en un lenguaje ajeno para así vertebrarse a sí misma y a su poesía.

La segunda parte es «La Ciudad», y muestra la conexión con la realidad y el mundo exterior (Debrecen). El sujeto lírico necesita primero al Gran Bosque para poder encontrar la belleza que con sus ojos anteriores nunca habría podido vislumbrar. El Gran Bosque es aquel lugar que le permite a la voz poética contemplar la naturaleza y su origen, pararse a mirar por primera vez con detenimiento su ciudad y su cotidianidad, los pequeños detalles que la rodean, esos que siempre están y, en ocasiones, son invisibles a los ojos: «Recoger al día siguiente los rastros, lo que / ya no está, como un naufragio. Volver a construir el tranvía, la / Sinagoga, el Bosque de los pájaros. Y descansar» (p. 31). El sujeto bosqueja los detalles, los dibuja, fotografía y graba para aprenderlos. Es por eso que los poemas de la segunda parte son los más introspectivos, ya que representan una catábasis o descenso hacia sí misma y hacia su recién descubierta nueva identidad y lenguaje: «Nadie

parece darse cuenta, pero / ahí dentro nacen jardines precipitados hacia el lenguaje. Ahí / dentro hay palabras, manantiales. Puedo beber de ellos, ausentar / la niebla. Es un tacto frío en mi garganta por donde noto pasar / el tiempo y las raíces» (p. 51).

Esta búsqueda incesante y honda en la palabra y en el idioma desconocido, tratan de empapar la mirada de un yo que abre sus ojos con el mismo asombro e inocencia de un niño; «Un niño / se aproxima y me regala su figurita con forma de reno, / llena de colores [...] *Si se cae, se rompe*, me decían los ojos del niño» (p. 48). De hecho, no encontramos referencias de ningún ser adulto en el poemario. Tan solo elementos naturales y niños, los únicos capaces de comprender a un sujeto sin hacer acopio de este nuevo idioma extranjero: «El pequeño János me enseña un caracol / dormido. Ruedan las voces de la gente sobre los adoquines y / tranvías. Voces que parecen ser palabras, que pretenden hablar de / esta ternura sin herirla» (p. 41).

En relación a todo esto, se produce una reflexión sobre el paso del tiempo. El Gran Bosque es el lugar que se forja en la memoria, ese nuevo idioma que la edifica, un lugar atemporal en el que las estaciones pasan, pero no pasa el tiempo, lo



que nos hace reflexionar sobre el trascurso del mismo: «Vivo con el tiempo adormecido sobre mí [...] No sé si hace frío o el / verano está a punto de llegar, si ya ha llegado» (p. 33). El tiempo parece ser un ente con vida propia, con sus destellos de luz y sus momentos de epifanía para la voz poética: «Hace tiempo que dejé de preguntarme cuándo se despertará el / tiempo sobre mí» (p. 33). Es un factor clave que habilita a la poeta a conocer todo aquello que la rodea, el paisaje, sus estados de ánimo y de conciencia, ya sea en el mundo exterior como en el interior, sin prisa, pero sin pausa, en una ordenación precisa y adecuada de todos sus recuerdos y vivencias en la Ciudad: «Se abrió mi corazón en la calle Simonffy y no había tiempo. Le / crecían hierba y raíces. A cada palabra, así mi vida. Y no había / tiempo» (p. 38).

Así pues, el objetivo último del cuerpo es habitar el Bosque. El paso final es la adquisición de ese sentido de la pertenencia, ya que solo conocer la totalidad del Bosque le permitirá a la voz poética conocer la totalidad de su nuevo mundo y ciudad: «Encontrar el gesto leve y tibio de mi vida. / Y tocarlo» (p. 41); «Desear decir, simplemente: hoy caminé, la vista está intacta» (p. 50). Necesita este nuevo idioma, esta

nueva voz para poder articularse y romper los dolorosos silencios que la rodean: «Sólo entonces el sentido. / Sólo entonces mi sentido» (p. 32). Se establece, de este modo, un diálogo profundo entre interior-exterior, en el que ambas realidades no son estados diferenciados, sino realidades complementarias y necesarias para superar un arduo proceso de crecimiento personal. Lo sabemos en «Epílogo y decir la nieve»: «El Gran Bosque hace mi ternura, lentamente. Llegué a saberlo» (p. 58).

Finalmente, *El Gran Bosque* que nos presenta López Vilar simboliza ese tramo que todo artista debe deambular para encontrar(se) su obra. Escribir poesía consiste en indagar las letras en busca de los matices más profundos de nuestro lenguaje personal. Cruzar bajo su propio pie un Bosque lleno de palabras, de hojas y alfabetos nuevos, desnudos, que armen y hagan indestructible su poesía, esa expresión máxima de su ser, ahora maduro y consolidado entre las ramas de un Bosque que se vuelve hogar. Es por eso que el poemario demuestra un proceso madurativo, una poesía depurada y llena de introspección y meditación. Así pues, la potente imagen de un Bosque, con su entramado de hojas y ramas, nos ilumina todas esas carreteras y caminos de nuestro interior por donde



puede desviarse nuestra composición lírica. Descubrimos un mundo de claroscuros, complejo, cargado de emociones y cercano a lo cotidiano. El Bosque es la tierra madre, el lenguaje con el que el yo se construye a sí mismo, el tiempo que se va pero que en realidad nunca se ha ido. Su

lazo de unión con su nueva realidad. Es por eso que debemos deconstruir nuestra memoria para construir un nuevo camino mediante un nuevo lenguaje, sin perder de vista ningún detalle. Porque no puede existir futuro sin pasado, y Marta López Vilar lo tiene muy presente.

